

LA JUSTICIA DE LOS REYES

Richard Swan

Traducción: Jesús Cañadas



CAPÍTULO I

La bruja de Rill

Guardaos del idiota, del fanático y del tirano, ya que todos ellos hacen de la ignorancia su armadura.

Código Criminal Sovano de Caterhauser:
consejos para su puesta en práctica

Resulta extraño pensar que el final del Imperio del Lobo, con toda la muerte que desencadenó, tuvo su origen en la diminuta e insignificante aldea de Rill. Mientras avanzábamos hacia esta, no solo nos abríamos paso farragosamente a través del terreno frío y lluvioso a quince kilómetros de las Marcas de Tolsburgo, sino que también nos aproximábamos a lo que sería conocido como la Gran Caída, que se abría ante nosotros como un pronunciado abismo de vítrea obsidiana.

Rill. ¿Cómo describirla? La cuna de nuestro infortunio era de lo más anodino, aislada como suelen estarlo todas las aldeas de la Marca septentrional de Tolsburgo. Una veintena de construcciones con paredes de bajareque y tejados de paja rodeaba una plaza central sin adoquinar, cuyo suelo era apenas un lodazal revuelto y salpicado de brozas. La casa solariega de Rill solo destacaba por su tamaño, quizá el doble de la más grande de las cabañas. Sin embargo, no había más diferencias apreciables, pues estaba tan desvencijada como

el resto de casas. En un lateral, se alzaba una posada. El ganado y los lugareños atravesaban la plaza sin destino aparente. Lo único bueno que tenía aquel frío imperante era que el lugar no apestaba tanto, aunque Vonvalt se llevó igualmente a la nariz una pañoleta con lavanda seca. Así de remilgado era.

Yo debería haber estado de buen humor. Rill era la primera aldea con la que nos cruzábamos desde que dejamos el fuerte de tránsito imperial en la frontera de Jägelandia. Allí empezaba una serie de asentamientos que se extendían setenta kilómetros al noreste hasta la fortaleza hauner de Guardamar. Si ya habíamos llegado a Rill, probablemente faltaban unas pocas semanas para que virásemos al sur de nuevo. Avanzando en esa dirección completaríamos la mitad oriental de nuestro trayecto, tras la cual nos aguardaba buen tiempo, ciudades de mayor tamaño y algo que casi podría describirse como civilización.

Sin embargo, yo sentía el mordisco de la inquietud. Toda mi atención se centraba en el enorme y antiguo bosque que rodeaba la aldea y se extendía ciento cincuenta kilómetros hacia el norte y el oeste, hasta llegar a la costa. Según los rumores que habíamos oído durante el camino, en esa espesura vivía una vieja bruja draeista.

—¿Crees que seguirá ahí? —preguntó el pater Bartolomé Claver, a mi lado.

Claver era uno de los cuatro integrantes de nuestro grupo, un sacerdote neman con el que habíamos coincidido en la frontera de Jägelandia y que había insistido en unirse al grupo. En apariencia, nos acompañaba para que lo protegiésemos de los bandidos, si bien la Marca septentrional tenía fama de desértica. Y según afirmaba el sacerdote, viajaba solo a todas partes.

—¿Quién? —pregunté yo.

Claver esbozó una sonrisa desprovista de calidez.

—La bruja —dijo.

—No —dije en tono seco.

Claver me irritaba sobremanera. A todos, en realidad. Aquella vida nómada que llevábamos ya era lo bastante difícil, así que las interminables preguntas que Claver llevaba semanas haciendo sobre todos y cada uno de los aspectos de la práctica y poderes de Vonvalt nos tenían exhaustos.

—Yo sí.

Me giré. Dubine Bressinger, el interventor de Vonvalt, se acercaba mientras daba generosos bocados a una cebolla. Me guiñó el ojo al pasar a nuestro lado con el caballo. Tras nosotros estaba nuestro jefe, sir Konrad Vonvalt. Cerraba la comitiva el burro, a quien habíamos denominado “duque de Brondsey” en un derroche de desvergüenza. El señor duque tiraba de un carro cargado con todo nuestro equipo.

Habíamos viajado a Rill por la misma razón por la que viajábamos a todas partes: para asegurarnos de que la justicia del Emperador se cumplía incluso en los bordes más alejados del Imperio Sovano. Aunque los sovanos no fueran ni mucho menos perfectos, sí creían a pies juntillas en que la justicia ha de cumplirse de igual modo para todos. Por esa razón enviaban a justicias imperiales, como el propio Vonvalt, a recorrer aldeas y ciudades lejanas dentro del Imperio en calidad de tribunales itinerantes.

—Estoy buscando a sir Otmar Escarcha —oí que decía Vonvalt desde el final de nuestra caravana.

Bressinger ya se había bajado del caballo y le había dicho a un chico del lugar que se ocupase de nuestros caballos. Uno de los campesinos señaló a la casa solariega sin pronunciar palabra alguna. Vonvalt soltó un gruñido y desmontó. El pater Claver y yo lo imitamos. Noté que el barro bajo mis pies estaba duro como el hierro.

—Helena —me llamó Vonvalt—. El libro de registro.

Asentí y fui a buscar el libro al carro. Se trataba de un tomo de gran volumen, con un grueso recubrimiento de cuero y cierres de hierro con cerradura. Lo usábamos para dejar constancia de cualquier conflicto legal que surgiese, así como los juicios que llevaba a cabo Vonvalt. Una vez lleno del todo, había que enviarlo a la Biblioteca de la Ley en la lejana Sova, donde los juristas analizarían todos y cada uno de los juicios para asegurarse de que la ley se aplicaba de forma consistente.

Le tendí el libro de registro a Vonvalt, quien me indicó con un gesto enojado que lo sostuviese yo misma. Los cuatro nos dirigimos a la casa solariega. Un escudo heráldico colgaba sobre la puerta, un campo azul claro sobre el que se veía la cabeza de un jabalí encima de una lanza rota. La casa solariega carecía de ningún otro rasgo

distintivo, aparte de que poco o nada tenía que ver con las opulentas casas oficiales y fortalezas de campo de la aristocracia imperial de Sova.

Vonvalt dio un par de golpes con el puño enguantado en la puerta, que no tardó en abrirse. Una sirvienta, quizá uno o dos años más joven que yo misma, se asomó al dintel. Parecía asustada.

—Soy el justicia sir Konrad Vonvalt de la Magistratura Imperial —dijo Vonvalt en lo que yo reconocí como un acento sovano impuesto. Su acento natural, oriundo de Jägelandia, lo señalaba como un advenedizo por más cargo de justicia que ostentase, lo cual le suponía una vergüenza.

La sirvienta realizó una torpe reverencia.

—Señor...

—¿Quién es? —se oyó la voz de sir Otmar Escarcha desde el interior de la casa.

Al otro lado del umbral, estaba todo oscuro. Olía a ganado y a humo de leña. Vi que Vonvalt llevaba la mano en gesto inconsciente hacia la pañoleta de lavanda.

—El justicia sir Konrad Vonvalt de la Magistratura Imperial —volvió a declarar en tono impaciente.

—Maldita sea mi fe —murmuró sir Otmar, que se asomó a la puerta unos instantes después. Echó a un lado a la sirvienta sin el menor miramiento—. Pasad, milord, pasad. Apartaos de la humedad de fuera y venid a calentaros al fuego.

Entramos. El interior estaba muy desaliñado. En un extremo de la estancia, había una cama cubierta de pieles y mantas de lana, así como numerosos artículos personales que sugerían que allí no residía esposa alguna. En el centro, había una hoguera rodeada de alfombras abrasadas, enlodadas y medio podridas por culpa de la lluvia que goteaba del agujero abierto en el techo para que saliera el humo. En el otro extremo, había una larga mesa de caballetes con diez asientos, así como una puerta que daba a una cocina. Cubrían las paredes tapices mohosos de colores desvaídos y renegridos por el humo. Más alfombras y pieles se amontonaban por todo el suelo. Un par de perros enormes más parecidos a lobos se calentaban junto al fuego.

—Ya me habían dicho que un justicia avanzaba hacia el norte por las Marcas de Tolsburgo —dijo sir Otmar con grandes aspavientos.

Debido a que era caballero y señor toliano, lo habían ascendido a miembro de la aristocracia imperial (lo que antes se llamaba “subir las Marcas”) gracias a los sobornos que tanto él como otros señores habían aceptado a cambio de jurar lealtad a las Legiones. Sin embargo, poco o nada tenía que ver aquel caballero con los consentidos y emperifollados señores de Sova. No era más que un viejo con un par de pantalones de andar por casa y una mugrienta túnica que llevaba su estandarte. Tenía el rostro sucio y arrugado de preocupaciones, rematado por una barba tan blanca como sus cabellos. Una honda cicatriz le hundía la frente, probablemente recuerdo de sus años mozos, cuando estalló la Guerra Imperial y los ejércitos sovanos sometieron a Tolsburgo a vasallaje, hacía unos veinticinco años. Tanto Vonvalt como Bressinger tenían sus propias cicatrices de la expansión imperial.

—¿La última justicia que pasó por aquí fue la justicia Augusta? —preguntó Vonvalt.

—Así es. —Sir Otmar asintió—. Hace mucho tiempo ya. Antes los justicias solían pasar por aquí unas cuantas veces al año. Por favor, tomad asiento, vos y vuestros acompañantes. ¿Queréis comida? ¿Cerveza? ¿Vino? Estaba a punto de comer.

—Sí, gracias —dijo Vonvalt, al tiempo que se sentaba a la mesa. Nosotros hicimos lo propio.

—¿Dejó mi predecesora un registro? —preguntó Vonvalt.

—Sí, sí —respondió sir Otmar, y mandó a la sirvienta a buscarlo a toda prisa. Yo oí cómo se abría una caja fuerte.

—¿Hay problemas en el norte?

—No. —Sir Otmar negó con la cabeza—. Entre nosotros y el mar se extiende una franja que pertenece a la Marca oriental de Haunersheim, de unos treinta o cuarenta kilómetros. Un grupo de saqueadores podría internarse en ella, pero me atrevería a decir que, en esta época del año, el mar está demasiado agitado para que los norteños se atrevan a bajar.

—Toda la razón —dijo Vonvalt. Me di cuenta de que le molestaba haberse olvidado de aquel detalle geográfico. Aun así, algún que otro desliz mental era perdonable. El Imperio, que contaba con cincuenta años de edad, había absorbido tantas naciones con tanta rapidez que los cartógrafos se veían obligados a dibujar nuevos mapas cada

año—. Supongo que, con Guardamar reconstruida, las incursiones son aún menos probables —añadió.

—Así es. Bien se encargó el Autun de levantarla. Hay una muralla nueva, otro acuartelamiento y suficiente forraje y dinero como para que puedan salir varias patrullas al día incluso en la época más cruenta de las incursiones. Cada semana y hasta en invierno. Así lo ha estipulado el margrave.

El Autun. El Lobo Bicéfalo. Imposible decir si aquel tipo había empleado el término de forma peyorativa. Se trataba de uno de aquellos extraños apodos con los que los pueblos conquistados se referían al Imperio Sovano, tanto por deferencia a sus conquistadores como en calidad de insulto. En cualquier caso, Vonvalt lo dejó pasar.

—Desde luego el margrave se ha granjeado una reputación —señaló.

—¿El margrave Westenholtz? —intervino Claver, el sacerdote—. Es un buen hombre, bueno y piadoso. Los norteños son un pueblo pagano que se aferra a las viejas costumbres draeistas. —Se encogió de hombros—. No hay razón para lamentar sus bajas, justicia.

Vonvalt esbozó una leve sonrisa.

—No lamento la muerte de ningún saqueador norteño, pater —dijo con más educación de la que el sacerdote merecía.

Claver era joven, demasiado para tener la autoridad que se le presuponía a un sacerdote. En el breve tiempo que llevábamos juntos, todos habíamos desarrollado una inmensa antipatía hacia él. Era un fanático, además de un incordio, y no le temblaba la mano a la hora de prejuzgar o de dar rienda suelta a su ira. Hablaba en gran medida de su causa, reclutar templarios para la frontera sur, y de sus contactos entre las altas esferas. Bressinger solía negarse a dirigirle la palabra, pero Vonvalt, por una suerte de cortesía profesional, llevaba semanas enfrascado en debates con el sacerdote.

Sir Otmar carraspeó. Estaba a punto de enzarzarse en una conversación con Claver cuando llegó la comida, así que se puso a comer en lugar de hablar. Fue un almuerzo sencillo aunque honorable, compuesto de pan y una espesa salsa de carne. En ese tipo de circunstancias, rara vez nos íbamos sin haber llenado la panza. El poder y la autoridad de Vonvalt solía avivar la generosidad de sus anfitriones.

—¿Y dices que hace mucho tiempo desde que pasó por aquí la justicia Augusta? —preguntó Vonvalt.

—Así es —respondió sir Otmar.

—¿Has observado la ley imperial todo este tiempo?

Sir Otmar asintió con fuerza, aunque lo más seguro era que estuviese mintiendo. Rara vez se aplicaba la ley imperial en aquellas aldeas y ciudades alejadas de todo, a meses de distancia de la lejana Sova incluso con los medios de transporte más rápidos. Era una lástima. La Guerra Imperial había acarreado muerte y grandes penurias a miles de ciudadanos, pero el sistema por el que se regía la ley común era una de las pocas joyas que se podían extraer de lo que, en otros términos, había sido una mierda de grandísimas proporciones.

—Bien. En ese caso, imagino que no tendremos mucho que hacer, aparte de investigar los bosques —dijo Vonvalt.

Sir Otmar compuso una expresión confundida ante esas últimas palabras. Vonvalt apuró el resto de su cerveza.

—De camino hasta aquí —explicó—, hemos oído hablar varias veces de una bruja que vive en los bosques al norte de Rill. ¿Sabéis algo al respecto?

Sir Otmar se tomó su tiempo para dar un gran trago de vino. Acto seguido, intentó ganar aún más tiempo hurgándose entre los dientes.

—La verdad es que no, señor. No.

Vonvalt asintió en tono pensativo.

—¿*Quién es esa bruja?*

Bressinger soltó una maldición en idioma grozodano. Sir Otmar y yo dimos un brinco, tanto fue así que la mesa dio una sacudida junto con platos y cubiertos cuando tres pares de muslos la golpearon. Se derramaron vasos de vino y jarras de peltre. Sir Otmar se llevó una mano al corazón, los ojos desorbitados. Movié los labios en un intento de pronunciar las palabras que Vonvalt le había ordenado que dijese.

La Voz del Emperador: el poder arcano mediante el que un justicia podía obligar a una persona a decir la verdad. Tenía sus límites; por ejemplo, no funcionaba con otros justicias. Una persona de voluntad férrea podía resistirse a ella si estaba prevenida. Sin embargo, sir Otmar era viejo y débil, y desde luego no conocía a fondo

los secretos de la Orden. El poder lo golpeó como un trueno psíquico y volvió su mente del revés.

—Una sacerdotisa... miembro de las draeda —jadeó sir Otmar. Horrorizado, vio que su boca hablaba en contra su voluntad.

—¿*Es de Rill?* —lo presionó Vonvalt.

—¡Sí!

—¿Hay otros por aquí que practiquen el draeismo?

Sir Otmar se retorció en la silla. Tuvo que agarrarse a la mesa para no caer.

—Muchos... ¡aldeanos!

—Sir Konrad —murmuró Bressinger. Contemplaba a sir Otmar con cierta aprensión. Vi que Claver disfrutaba de la agonía del anciano.

—Está bien, sir Otmar —dijo Vonvalt—. Ya está, calmaos. Vamos, bebed un poco de cerveza. No os presionaré más.

Seguimos sentados en silencio. Con un gesto tembloroso de la mano, sir Otmar llamó a la aterrorizada sirvienta y le pidió que trajese más cerveza. La chica desapareció y regresó un instante después con una jarra de peltre que sir Otmar apuró con ansia.

—Practicar el draeismo es ilegal —señaló Vonvalt.

Sir Otmar contempló el plato que tenía delante. Su expresión evidenciaba algo a medio camino entre la rabia, el horror y la vergüenza; la pinta que solían tener aquellos a los que golpeaba la Voz.

—Las leyes son nuevas. La religión, antigua —dijo con voz ronca.

—Las leyes llevan instauradas dos décadas y media.

—La religión lleva instaurada dos milenios y medio —espetó sir Otmar.

Hubo una pausa incómoda.

—¿Hay alguien en Rill que no practique el draeismo? —preguntó Vonvalt.

Sir Otmar clavó la vista en la bebida.

—No sabría decirlo —murmuró.

—Justicia. —Había auténtica repugnancia en la voz de Claver—. Como mínimo, van a tener que renunciar a sus creencias. La religión oficial del Imperio es el sagrado Credo de Nema.

Casi escupió mientras su mirada recorría al viejo barón de arriba abajo.

—Si por mí fuera, arderían todos —añadió.

—Aquí hay buena gente —dijo sir Otmar, alarmado—. Gente buena que obedece la ley. Trabajan la tierra y pagan sus tributos. Jamás hemos sido una carga para el Autun.

Vonvalt le lanzó una mirada irritada a Claver.

—Con todo el respeto, sir Otmar, si la gente de aquí practica el draeismo, por pura definición no pueden respetar la ley. Siento decirlos que el pater Claver tiene razón, al menos en parte. Tendrán que renunciar a sus creencias. ¿Tenéis una lista de quienes lo practican?

—No la tengo, no.

Los troncos de la hoguera humeaban, crujían y soltaban ascuas. La cerveza y el vino derramados goteaban a través de las grietas de los tablones que hacían las veces de mesa y repiqueteaban contra el suelo.

—Será una pena menor —dijo Vonvalt—. Una pequeña multa de un penique por cabeza, siempre que se retracten. Como señor de estas tierras, podéis incluso pagar por ellos. ¿Tenéis santuario dedicado a alguno de los dioses imperiales? Nema, Savare...

—No —sir Otmar prácticamente escupió aquella palabra. Cada vez era más difícil ignorar la evidencia de que el propio sir Otmar practicaba el draeismo.

—La religión oficial del Imperio Sovano es el Credo de Nema. Está recogido en las escrituras y tanto en la ley común como en la canónica. Vamos, sir Otmar, se pueden encontrar paralelismos. En esencia, el Libro de Lorn es puro draeismo, ¿no? Cuenta con las mismas parábolas, santifica los mismos días. Podríaís adoptarlo sin dificultad.

Era cierto, el Libro de Lorn albergaba paralelismos notables con el draeismo, y la razón era que el Libro de Lorn era draeismo. La religión sovana era notablemente flexible, así que en lugar de reemplazar las muchas prácticas religiosas con las que se topó durante la Guerra Imperial, se limitó a incorporarlas, como una ola que engullese una isla. Esa era la razón de que el Credo de Nema fuese al mismo tiempo la religión más practicada y la menos respetada de todo el mundo conocido. Yo le eché una mirada de reojo a Claver. El rostro del sacerdote estaba congestionado ante la deliberada

ambigüedad de Vonvalt. Por supuesto, Vonvalt tenía aún menos fe que sir Otmar en el Credo de Nema. Al igual que al viejo barón, a Vonvalt lo habían obligado a adscribirse a esa religión. Sin embargo, acudía al templo y transigía con todos los gestos religiosos que se esperaban de él, como la mayor parte de la aristocracia imperial. Claver, por su parte, era demasiado joven como para haber conocido otra religión. Un verdadero creyente. Hombres como él eran de utilidad, pero en la mayor parte de las ocasiones su rigidez los volvía peligrosos.

—El Imperio exige que practiquéis las enseñanzas del Credo de Nema. La ley no permite nada más —dijo Vonvalt.

—¿Y si me niego?

Vonvalt se puso en pie.

—Si os negáis os convertiréis en hereje. Si os negáis ante mí, os convertiréis en hereje declarado. Pero no vais a hacer algo tan estúpido e inútil.

—¿Y cuál es el castigo de la herejía declarada? —preguntó sir Otmar, aunque sabía la respuesta.

—Morir en la hoguera.

Quien había hablado era Claver. Había un regocijo salvaje en su voz.

—No va a morir nadie en la hoguera —dijo Vonvalt en tono irritado—, porque aquí nadie es hereje declarado. De momento.

Paseé la mirada entre Vonvalt y sir Otmar. La postura del anciano me inspiraba compasión. Estaba en lo cierto al decir que el draeismo era inofensivo, como también estaba en lo cierto al despreciar el Credo de Nema. Es más, se trataba de un anciano y lo estábamos reconviniendo y amenazando con la muerte. Sin embargo, el hecho incontestable era que el Imperio Sovano gobernaba las Marcas de Tolsburgo. Había que aplicar las leyes del Imperio, leyes que, de hecho, eran sólidas y se aplicaban con justicia. La mayoría de la gente las aceptaba, ¿por qué no podía aceptarlas él?

Sir Otmar pareció hundirse un poco.

—Hay una vieja torre vigía en el Monte de Gabler, a pocas horas a caballo en dirección noreste. Allí es donde se reúnen los draeistas. En ella encontraréis a la bruja.

Vonvalt hizo una pausa momentánea. Dio un largo trago de cerveza y, a continuación, depositó la jarra de peltre en la mesa.

—Gracias —dijo, y se puso de pie—. Nos dirigiremos allí ahora que aún nos quedan un par de horas de luz.